

Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana

Por ERNESTO CHE GUEVARA



El Che y Camilo Cienfuegos en Sierra Maestra

La revista "Verde Olivo", órgano de las fuerzas armadas revolucionarias de Cuba, publicó en el número de la primera semana de octubre, un artículo inédito del Comandante Ernesto Che Guevara, escrito en los primeros días de la crisis de octubre de 1962.

El texto íntegro de este artículo, que el Comandante Guevara tituló "Táctica y Estrategia de la Revolución Latinoamericana", es el siguiente:

"La táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra."

Karl von Clausewitz

HEMOS encabezado estas notas con la cita de una frase de Clausewitz, el autor militar que guerreó contra Napoleón, que teorizó tan sabiamente sobre la guerra y a quien Lenin gustaba citar por la claridad de sus conceptos, a pesar, naturalmente, de ser un analista burgués.

Táctica y estrategia son los dos elementos sustanciales del arte de la guerra, pero guerra y política están íntimamente unidas a través del denominador común, que es el empeño en lograr un objetivo definitivo, ya sea el aniquilamiento del adversario en una lucha armada, ya la toma del poder político.

No se puede, sin embargo, reducir a una fórmula esquemática el análisis de los principios tácticos y estratégicos que rigen las luchas guerreras o políticas.

La riqueza de cada uno de estos conceptos sólo puede medirse mediante la práctica combinada al análisis de las complejísticas actividades que encierra.

No hay objetivos tácticos y estratégicos inmutables. A veces, objetivos tácticos alcanzan importancia estratégica, y otras, objetivos estratégicos se convierten en meros elementos tácticos.

El estudio certero de la importancia relativa de cada elemento es el que permite la plena utilización por las fuerzas revolucionarias de todos los hechos y circunstancias encaminados al gran y definitivo objetivo estratégico: **la toma del poder.**

El poder es el objetivo estratégico *sine qua non* de las fuerzas revolucionarias, y todo debe estar supeditado a esta gran consigna.

Pero la toma del poder, en este mundo polarizado en dos fuerzas de extrema disparidad y absoluto choque de intereses, no puede limitarse al marco de una entidad geográfica o social. La toma del poder es un objetivo mundial de las fuerzas revolucionarias. Conquistar el porvenir es el elemento estratégico de la revolución; congelar el presente, es la contrapartida estratégica que mueve las fuerzas de la reacción en el mundo actual, ya que están a la defensiva.

En esta lucha de características mundiales, la posición tiene mucha importancia. A veces es determinante. Cuba, por ejemplo, es una colina de avanzada, una colina que mira al amplísimo campo del mundo económicamente distorsionado de la América latina, que abre su antena, su ejemplo hecho luz a todos los pueblos de América. La colina cubana es de alto valor estratégico para los grandes contendientes que en este momento disputan la hegemonía del mundo: el imperialismo y el socialismo.

Distinto sería su valor, colocada en otra situación geográfica o social. Distinto era su valor cuando sólo constituía un elemento táctico del mundo imperialista, antes de la revolución. No aumenta ahora sólo por el hecho de ser una puerta abierta a América. A la fuerza de su posición estratégica, militar y política, une el poder de su influencia moral. Los "proyectiles morales" son un arma de tan demoledora eficacia, que este elemento pasa a ser el más importante en la determinación del valor de Cuba. Por eso, para analizar cada elemento en la contienda política, no se puede hacer abstracción del conjunto en que está situada. Todos los antecedentes sirven para reafirmar una línea o una postura consecuente con los grandes objetivos estratégicos.

Llevada la discusión al terreno de América, cabe hacerse la pregunta de rigor: ¿Cuáles son los elementos tácticos que deben emplearse para lograr el gran objetivo de la toma del poder en esta parte del mundo? ¿Es posible o no, en las condiciones actuales de nuestro continente, lograrlo (el poder socialista, se entiende) por vía pacífica? Nosotros contestamos rotundamente: en la gran mayoría de los casos, no es posible. Lo más que se lograría sería la captura formal de la superestructura burguesa del poder, y el tránsito al socialismo de aquel gobierno que, en las condiciones de la legalidad burguesa establecida, llega al poder formal, deberá hacerse también en medio de una lucha violentísima contra todos los que traten, de una manera u otra, de liquidar su avance hacia nuevas estructuras sociales.

Este es uno de los temas más debatidos, más importantes también, y donde quizás nuestra revolución tenga más puntos divergentes con otros movimientos revolucionarios de América. Nosotros debemos expresar con toda claridad nuestra posición, y tratar de hacer un análisis del por qué.

América es hoy un volcán; no está en erupción, pero está conmovido por inmensos ruidos subterráneos que anuncian su advenimiento. Se oyen por doquiera los anuncios. La segunda declaración de La Habana es la expresión y concreción de esos movimientos subterráneos; trata de lograr la conciencia de su objetivo, vale decir, la conciencia de la necesidad, y, más aún, la certeza de la posibilidad del cambio revolucionario. Evidentemente, este volcán americano no está separado de todos los movimientos que bullen en el mundo contemporáneo en estos momentos de confrontación crucial de fuerzas, entre dos opuestos conceptos de la historia.

Podríamos referirnos a nuestra patria con las siguientes palabras de la Declaración de La Habana: "¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América latina? ¿Y qué es la historia de América latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo moderno?"

América, tanto como África, Asia y Oceanía, son partes de un todo donde las fuerzas económicas han sido distorsionadas por la acción del imperialismo. Pero no todos los continentes presentan las mismas caracteris-

icas; las formas de explotación económica imperialista, colonialista o neocolonialista usadas por las fuerzas burguesas de Europa han tenido que afrontar, no solamente la lucha por la liberación de los pueblos oprimidos de Asia, África y Oceanía, sino también la penetración del capital imperialista norteamericano. Esto ha creado distintas correlaciones de fuerzas en puntos determinados, y ha permitido el tránsito pacífico hacia formas de burguesías nacionales independientes o neocolonialistas.

En América no. América es la plaza de armas del imperialismo norteamericano, no hay fuerzas económicas en el mundo capaces de tutelar las luchas que las burguesías nacionales entablaron con el imperialismo norteamericano, y por lo tanto estas fuerzas, relativamente mucho más débiles que en otras regiones, claudican y pactan con el imperialismo.

Frente al drama terrible para los burgueses timoratos: sumisión al capital extranjero o destrucción frente a las fuerzas populares internas, dilema que la revolución cubana ha profundizado con la polarización que significó su ejemplo, no queda otra solución que la entrega. Al realizarse ésta, al santificarse el pacto, se alían las fuerzas de la reacción interna con la reacción internacional más poderosa y se impide el desarrollo pacífico de las revoluciones sociales.

Caracterizando la situación actual, la Segunda Declaración de La Habana dice:

"En muchos países de América latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados.

"La inquietud que hoy se registra es síntoma inequívoco de rebelión. Se agitan las entrañas de un continente que ha sido testigo de cuatro siglos de explotación esclava, semiesclava y feudal del hombre, desde sus moradores aborígenes y los esclavos traídos de África hasta los núcleos nacionales que surgieron después: blancos, negros, mulatos, mestizos e indios, que hoy hermanan el desprecio, la humillación y el yugo yanqui, como hermanan la esperanza de un mañana mejor."

Podemos concluir, pues, que frente a la decisión de alcanzar sistemas sociales más justos en América, debe pensarse fundamentalmente en la lucha armada. Existe, sin embargo, alguna posibilidad de tránsito pacífico; está apuntada en los estudios de los clásicos del marxismo y sancionada en la declaración de los partidos, pero en las condiciones actuales de América, cada minuto que pasa se hace más difícil para el empeño pacifista, y los últimos acontecimientos vistos en Cuba muestran un ejemplo de cohesión de los gobiernos burgueses con el agresor imperialista, en los aspectos fundamentales del conflicto.

Recuérdese nuestra insistencia: tránsito pacífico no es logro de un poder formal en elecciones o mediante movimientos de opinión pública sin combate directo, sino la ins-

tauración del poder socialista, con todos sus atributos, sin el uso de la lucha armada. Es lógico que todas las fuerzas progresistas no tengan que iniciar el camino de la revolución armada, sino utilizar hasta el último minuto la posibilidad de la lucha legal dentro de las condiciones burguesas.⁽¹⁾

En relación con la forma que han de adoptar los movimientos revolucionarios luego de tomar el poder, surgen cuestiones de interpretación muy interesantes caracterizando la época, la declaración de los 81 partidos dice:

"Nuestra época, cuyo contenido fundamental constituye el paso del capitalismo al socialismo, iniciado por la gran revolución socialista de octubre, es la época de la lucha de los sistemas sociales diametralmente opuestos; la época de las revoluciones socialistas y de las revoluciones de liberación nacional; la época del hundimiento del imperialismo, de la liquidación del sistema colonial; la época del paso de más y más pueblos al camino socialista; la época del triunfo del socialismo y del comunismo universal.

"El principal rasgo de nuestra época consiste en que el sistema socialista mundial se va convirtiendo en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana."

Se establece que, aun cuando ya es muy importante la lucha por la liberación de los pueblos, lo que caracteriza el momento actual es el tránsito del capitalismo al socialismo.

En todos los continentes explotados existen países en los cuales los regímenes sociales han alcanzado distinto grado de desarrollo, pero casi todos ellos presentan la característica de tener fuertes estratos sociales de carácter feudal y gran dependencia de capitales foráneos. Lógico sería pensar que en la lucha por la liberación, siguiendo la escala natural del desarrollo, se llegara a gobiernos de democracia nacional con predominio más o menos acentuado de las burguesías, y, de hecho, esto ha ocurrido en muchos casos. Sin embargo, aquellos pueblos que han debido recurrir a la fuerza para lograr su independencia, han avanzado más en el camino de las reformas sociales, y muchos de ellos han entrado al socialismo. Cuba y Argelia son los últimos ejemplos palpables de los efectos de la lucha armada en el desarrollo de las transformaciones sociales. Si llegamos a la conclusión de que en América la vía pacífica está casi liquidada como posibilidad, podemos apuntar que es muy probable que el resultado de las revoluciones triunfantes en esta región del mundo dará por resultado regímenes de estructura socialista.

Para llegar a esto correrán ríos de sangre. Argelia, que aún no ha restañado sus heridas; el Vietnam, que sigue sangrando; Angola, luchando brava y solitariamente por su independencia; Venezuela, cuyos patriotas hermanados con la causa cubana han demostrado en estos días la más alta y expresiva forma de solidaridad con nuestra revolución; Guatemala, en lucha difícil, subterránea casi, son ejemplos palpables.

(1) El Comandante Guevara señaló en este punto, incluir una cita de la Declaración de los 81 Partidos, inclusión que no llegó a hacerse.

La sangre del pueblo es nuestro tesoro más sagrado, pero hay que usarla para ahorrar más sangre en el futuro.

En otros continentes se ha logrado la liberación frente al colonialismo y el establecimiento de regímenes burgueses más o menos sólidos. Esto se ha hecho sin violencia o casi sin ella, pero debe suponerse, siguiendo la lógica de los acontecimientos hasta el momento actual, que esta burguesía nacional en desarrollo constante, en un momento dado entra en contradicciones con otras capas de la población; al cesar el yugo del país opresor, cesará como fuerza revolucionaria y se transformará a su vez en clase explotadora, reanudándose el ciclo de las luchas sociales. Podrá o no avanzarse en este camino por vía pacífica; lo cierto es que indefectiblemente estarán frente a frente los dos grandes factores en pugna: los explotados y los explotadores.

El dilema de nuestra época, en cuanto a la forma de tomar el poder, no ha escapado a la penetración de los imperialistas yanquis. Ellos también quieren "tránsito pacífico". Están de acuerdo en liquidar las viejas estructuras feudales que todavía subsisten en América, y en allanar a la parte más avanzada de las burguesías nacionales, realizando algunas reformas fiscales, algún tipo de reforma en el régimen de tenencia de la tierra, una moderada industrialización, referida preferentemente a artículos de consumo, con tecnología y materias primas importadas de los Estados Unidos.

La fórmula perfeccionada consiste en que la burguesía nacional se alía con intereses extranjeros, crean juntos en el país dado industrias nuevas, obtienen para estas industrias ventajas arancelarias de tal tipo que permiten excluir totalmente la competencia de otros países imperialistas y las ganancias así obtenidas pueden sacarse del país al amparo de negligentes regulaciones de cambio.

Mediante este sistema de explotación, novísimo y más inteligente, el propio país "nacionalista" se encarga de proteger los intereses de los Estados Unidos promulgando tarifas arancelarias que permitan una ganancia extra (la que los mismos norteamericanos reexportarán a su país). Naturalmente, los precios de venta del artículo, sin competencia, son fijados por los monopolios.

Todo esto está reflejado en los proyectos de la Alianza para el Progreso, que no es otra cosa que el intento imperialista de detener el desarrollo de las condiciones revolucionarias de los pueblos mediante el sistema de repartir una pequeña cantidad de sus ganancias con las clases explotadoras criollas y convertirlas en aliadas firmes contra las clases más explotadas. Es decir, suprimir las contradicciones internas del régimen capitalista hasta el máximo posible.

Como ya dijimos, no hay en América fuerzas capaces de intervenir en esta lucha económica y por lo tanto, el juego del imperialismo es bastante simple. Queda como única posibilidad el desarrollo cada vez más impetuoso del Mercado Común Europeo, bajo la dirección germana, que pudiera alcanzar la

fuerza económica suficiente como para competir en estas latitudes con los capitales yanquis, pero el desarrollo de las contradicciones y su solución violenta es tan rápida, en estos tiempos, tan eruptiva, que da la impresión de que América será mucho antes campo de batalla entre explotados y explotadores, que escenario de la lucha económica entre dos imperialismos. Vale decir, las intenciones de la Alianza para el Progreso no cristalizarán porque la conciencia de las masas y las condiciones objetivas han madurado demasiado para permitir tan ingenua trampa.

Lo determinante en este momento es que el frente imperialismo-burguesía criolla es consistente. En las últimas votaciones de la O.E.A., no han habido voces discordantes en los problemas fundamentales y sólo algunos gobiernos han tapado pídicamente sus desnudeces con el taparrabos de fórmulas legalistas sin denunciar nunca la esencia agresora, contraria a todo derecho, de estas resoluciones.

El hecho de que Cuba tuviera cohetes atómicos sirvió de pretexto para que todos se pusieran de parte de los Estados Unidos: Playa Girón, no ha hecho el efecto contrario. Ellos saben bien que estas son armas defensivas, saben también quién es el agresor. Sucede que, aunque no lo digan, todos también conocen el verdadero peligro de la revolución cubana. Los países más entregados y, por ende, más cínicos, hablan del peligro de la subversión cubana, y tienen razón. El peligro mayor que entraña la Revolución Cubana está en su ejemplo, en su divulgación revolucionaria, en que el gobierno ha podido elevar el temple de este pueblo, dirigido por un líder de alcance mundial, a alturas pocas veces vistas en la historia.

Es el ejemplo escalofriante de un pueblo que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a las sociedades nuevas y que, cuando se llega, sin consultarlo, a un acuerdo por el cual se retiran los cohetes atómicos, no suspira, no da gracias por la tregua; salta a la palestra para dar su voz propia y única; su posición combatiente, propia y única, y más lejos, su decisión de lucha, y aun cuando fuera solo, contra todos los peligros y contra la mismísima amenaza atómica del imperialismo yanqui.

Esto hace vibrar a los pueblos. Ellos sienten el llamado de la nueva voz que surge de Cuba, más fuerte que todos los miedos, que todas las mentiras, que los prejuicios, que el hambre secular: que todos los garfios con que se quiere anularlos. Es más fuerte que el temor a toda represalia, al castigo más bárbaro, a la muerte más cruel, a la opresión más bestial de los explotadores. Una voz nueva de timbres claros y precisos ha sonado por todos los ámbitos de nuestra América.

Esa ha sido nuestra misión y la hemos cumplido y la seguiremos cumpliendo con toda la decisión de nuestra convicción revolucionaria.

Podría preguntarse: ¿y éste es el único camino? ¿y no se pueden aprovechar las contradicciones del campo imperialista, buscar el apoyo de sectores burgueses que han sido

aherrojados, golpeados y humillados a veces por el imperialismo? ¿no se podría buscar una fórmula menos severa, menos auto-destructiva que esta posición cubana? ¿no se podría lograr, mediante la fuerza y la maniobra diplomática conjuntas, la supervivencia de Cuba? Nosotros decimos: frente a la fuerza bruta, la fuerza y la decisión; frente a quienes quieren destruirnos, no otra cosa que la voluntad de luchar hasta el último hombre por defendernos.

Y esta fórmula es válida para la América entera frente a quienes quieren de todas maneras detentar el poder contra la voluntad del pueblo, fuego y sangre hasta que el último explotador sea destruido.

¿Cómo realizar esta revolución en América? Demos la palabra a la Segunda Declaración de La Habana.

"En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo duras que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario en proporción que a veces sobrepasa el 70 por ciento de las poblaciones latinoamericanas".

"Descontando los terratenientes que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la edad media. Estas circunstancias son las que determinan que en América latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial".

"Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son las fuerzas en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de éstos, resultan absolutamente impotentes; pierden 10 hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo invisible que no les ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades".

"La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes se nutre incesantemente de nuevas fuerzas; el movimiento de masas comienza a destacarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla".

"¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número, del poder y los recursos de sus enemigos? El apoyo del pueblo, y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor".

"Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la cla-

se obrera y de los intelectuales revolucionarios, sin lo cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria".

"En las actuales condiciones históricas de América latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas".

Esto es lo que dice la Segunda Declaración de La Habana y es una especie de dictado de lo que ha de ser la revolución en América. No pensar en alianzas que no estén dirigidas absolutamente por la clase obrera; no pensar en colaboraciones con burgueses timoratos y traidores que destruyen las fuerzas en que se apoyaron para llegar al poder; las armas en manos del pueblo, las vastas comarcas de nuestra América como campo de acción, el campesinado luchando por su tierra, la emboscada, la muerte inmisericorde al opresor, y, al darla, recibirla también y recibirla con honor de revolucionario. Esto es lo que cuenta.

Tal es el panorama de América, de un continente que se apresta a luchar, y que, cuanto más pronto empuñe las armas y cuanto más pronto esgrima los machetes sobre las cabezas de los terratenientes, de los industriales, de los banqueros, de los explotadores de todo tipo y de su cabeza visible, el ejército opresor, mejor será.

Sobre si la táctica debe ser siempre la acción guerrillera o es dable realizar otras acciones como eje central de la lucha, se puede discutir largamente. Nosotros basamos nuestra oposición a usar otra táctica en América en dos argumentos:

Primero: aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que oponerle un ejército popular en frente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su enemigo y esto condiciona una lucha dura y muy larga en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad; en cambio, el núcleo guerrillero, asentado en terreno favorable a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario y las fuerzas urbanas dirigidas desde el estado mayor del ejército del pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia.

La eventual destrucción de los grupos urbanos no haría morir el alma de la revolución, su jefatura, que desde la fortaleza rural seguiría catalizando el espíritu revolucionario de las masas y organizando nuevas fuerzas para otras batallas.

Segundo: el carácter continental de la lucha. ¿Podría concebirse esta nueva etapa de la emancipación de América como el cotejo de dos fuerzas locales luchando por el poder en un territorio dado? evidentemente no. La lucha será a muerte entre todas las fuerzas

populares y todas las fuerzas represivas.

Los yanquis intervendrán, por solidaridad de intereses y porque la lucha en América es decisiva. Lo harán con todas sus fuerzas, además; castigarán a las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance; no dejarán consolidarse al poder revolucionario y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, tratarán de dividir las fuerzas revolucionarias, introducirán saboteadores de todo tipo, intentarán ahogar económicamente al nuevo estado, aniquilarlo, en una palabra.

Dado este panorama americano, consideramos difícil que la victoria se logre en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llega a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La cordillera de los Andes está llamada a ser la sierra maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.

No podemos decir cuándo alcanzará estas características continentales, ni cuánto tiempo durará la lucha, pero podemos predecir su advenimiento porque es hija de circunstancias históricas, económicas, políticas y su rumbo no se puede torcer.

Frente a esta táctica y estrategia continentales, se lanzan algunas fórmulas limitadas: luchas electorales de menor cuantía, algún avance electoral, por aquí; dos diputados, un senador, 4 alcaldías, una gran manifestación popular que es disuelta a tiros; una elección que se pierde por menos votos que la anterior; una huelga que se gana, 10 que se pierden; un paso que se avanza, 10 que se retroceden; una victoria sectorial por aquí, 10 derrotas por allá. Y, en el momento preciso, se cambian las reglas del juego y hay que volver a empezar.

¿Por qué estos planteamientos? ¿Por qué esta dilapidación de las energías populares? por una sola razón: En las fuerzas progresistas de algunos países de América existe una confusión terrible entre objetivos tácticos y estratégicos; en pequeñas posiciones tácticas se ha querido ver grandes objetivos estratégicos. Hay que atribuir a la inteligencia de la reacción el que haya logrado hacer de estas mínimas posiciones ofensivas el objetivo fundamental de su enemigo de clase.

En los lugares donde ocurren estas equivocaciones tan graves, el pueblo apronta sus legiones año tras año para consultas que le cuestan inmensos sacrificios y que no tienen el más mínimo valor. Son pequeñas colinas dominadas por el fuego de la artillería enemiga.

La colina parlamento, la colina legalidad, la colina huelga económica legal, la colina aumento de salarios, la colina cons-

titución burguesa, la colina liberación de un héroe popular... y lo peor de todo es que, para ganar estas posiciones hay que intervenir en el juego político del estado burgués, y para lograr el permiso de actuar en este peligroso juego, hay que demostrar que se es bueno, que no se es peligroso, que no se le ocurrirá a nadie asaltar cuarteles, ni trenes, ni destruir puentes, ni ajusticiar esbirros, ni torturadores, ni alzarse en las montañas, ni levantar con puño fuerte y definitivo la única y violenta afirmación de América: la lucha final por su redención.

Contradictorio cuadro el de América; dirigencias de fuerzas progresistas que no están a la altura de los dirigidos; pueblos que alcanzan alturas desconocidas; pueblos que hierven en deseos de hacer y dirigencias que frenan sus deseos. La hecatombe asomada a estos territorios de América y el pueblo sin miedo, tratando de avanzar hacia la hecatombe, que significará sin embargo la redención definitiva. Los inteligentes, los sensatos, aplicando los frenos a su alcance al ímpetu de las masas, desviando su incontenible afán de lograr las grandes conquistas estratégicas: la toma del poder político, el aniquilamiento del ejército, del sistema de explotación del hombre por el hombre. Contradictorio pero esperanzador, las masas saben que "el papel de Job no cuadra con el de revolucionario" y se aprestan a la batalla.

¿Seguirá el imperialismo perdiendo una a una sus posiciones o lanzará, bestial, como lo amenazó hace poco, un ataque nuclear que incendie al mundo en una hoguera atómica? No lo podemos decir. Lo que afirmamos es que tenemos que caminar por el sendero de la liberación, aun cuando éste cueste millones de víctimas atómicas, porque en la lucha a muerte entre dos sistemas, no puede pensarse en otra cosa que en la victoria definitiva del socialismo, o su retroceso bajo la victoria nuclear de la agresión imperialista.

Cuba está al borde de la invasión: está amenazada por las fuerzas más potentes del imperialismo mundial y, por ende, por la muerte atómica. Desde su trincheras que no admite retroceso lanza a América su definitivo llamado al combate; combate que no se decidirá en una hora o en unos minutos de batalla terrible, que podrá definirse en años de agotadores encuentros en todos los rincones del continente, en medio de atrocidades sufrimientos. El ataque de las fuerzas imperialistas y de las burguesías aliadas, pondrá una y otra vez a los movimientos populares al borde de la destrucción, pero surgirán siempre renovados por la fuerza del pueblo hasta el instante de la total liberación.

Desde aquí, desde su trincheras solitaria de vanguardia, nuestro pueblo hace oír su voz. No es el canto del cisne de una revolución en derrota, es un himno revolucionario destinado a eternizarse en los labios de los combatientes de América. Tiene resonancias de historia.

CHE



CHE GUEVARA

Por KIM IL SUNG

La revista "Tricontinental", órgano oficial de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América latina, publicó en número especial, un artículo del Primer Ministro de la República Popular Democrática de Corea, Kim Il Sung, con motivo del primer aniversario de la caída del Che.

El líder del valeroso pueblo, que realizó su guerra nacional de liberación a través de la lucha armada y propinó al imperialismo yanqui su primera gran derrota, rinde cálido homenaje al guerrillero caído en la quebrada del Churo (Bolivia), con palabras de tributo y reconocimiento.

El Mariscal Kim Il Sung, a la par que exalta las virtudes revolucionarias del Che, analiza la situación actual de la lucha de los pueblos en su escenario principal —África, Asia y América latina—, así como en el resto del mundo.

A continuación, el artículo de Kim Il Sung:

V A a cumplirse un año de la caída gloriosa en un campo de batalla en Bolivia, del camarada Ernesto Che Guevara, indolegable luchador revolucionario y auténtico combatiente internacionalista, surgido del seno de los pueblos latinoamericanos. El pueblo coreano, junto a los pueblos revolucionarios de todo el mundo, conmemora con un ardiente odio hacia el enemigo y con un sentimiento de profunda condolencia, el primer aniversario de la muerte del camarada Che Guevara.

Desde su juventud, Che Guevara tomó ya el camino de la lucha sagrada por la libertad y la liberación del pueblo, enarbolando la bandera de la lucha antimperialista y antianqui. Toda su vida la dedicó a la causa revolucionaria de los pueblos oprimidos.

Durante el largo período transcurrido desde que se alzara el telón del escenario de la sangrienta historia de la burguesía moderna —que substituyó la explotación velada a través de las ilusiones religiosas y políticas de la edad media, por la explotación abierta, descarada, directa y cruel, y redujo la dignidad personal al valor de cambio— hasta la fecha, numerosos comunistas y combatientes revolucionarios de la tierra han derramado su sangre y consagrado su vida en la tempestad revolucionaria por barrer todo lo viejo y corrupto y transformar de manera revolucionaria toda la estructura social, por hacer saltar, hecha añicos, la superestructura de la odiosa y vieja sociedad y por preparar la cuna de una nueva sociedad libre y feliz. Entregando su noble vida a esta lucha sagrada, Che Guevara entró a formar parte gloriosa de las filas de los mártires revolucionarios del mundo.

Che Guevara fue un revolucionario infatigable e indolegable en la lucha y un auténtico combatiente internacionalista, completamente ajeno al estrecho sentimiento nacionalista. A través de toda su vida, dio un ejemplo excelente como firme combatiente revolucionario y auténtico internacionalista.

Che Guevara, junto a los revolucionarios cubanos encabezados por el camarada Fidel

Castro, libró la heroica lucha armada, contribuyendo grandemente, de esta forma, a la derrota del imperialismo yanqui y del régimen dictatorial de Batista, su lacayo, y al logro del triunfo de la revolución cubana. En 1965, Che Guevara, con un ardiente fervor revolucionario, partió del territorio de la Cuba triunfal, y trasladó su escenario de lucha a una nueva avanzada, donde le esperaban muchas dificultades y severas pruebas. Por dondequiera que se encontrara en América latina, organizó y movilizó a las masas populares para la lucha armada contra el imperialismo norteamericano y sus lacayos, y al frente de ellas luchó valientemente hasta el último instante de su vida.

Estas actividades revolucionarias de Che Guevara, contribuyeron grandemente a consolidar más el triunfo de la revolución cubana y a acelerar el desarrollo de la revolución de América latina en general.

El triunfo de la revolución cubana constituye la primera victoria de la revolución socialista lograda en América latina y la continuación de la gran revolución de octubre en ese continente. Gracias al triunfo de la revolución cubana, se ha hecho posible que hoy ondee en alto la bandera roja del socialismo en América latina —hasta hace algún tiempo considerada como tierra patrimonial del imperialismo norteamericano—, que se haya extendido el campo socialista hasta el hemisferio occidental y que su poderío se haya fortalecido extraordinariamente.

Hoy en día, la República de Cuba, que marcha con pasos firmes a la cabeza de la revolución de América latina, constituye el faro de esperanza de los pueblos latinoamericanos en lucha e ilumina la aurora de la victoria.

El triunfo de la revolución cubana sacudió desde sus raíces el sistema colonial de los imperialistas norteamericanos en el hemisferio occidental, envolvió a toda la América latina en la tempestad revolucionaria y está impulsando vigorosamente a los pueblos de esa región a la lucha sagrada por la independencia y la libertad. De hecho, el triunfo de la revolución cubana fue el inicio del desmoronamiento del sistema de dominación colonial del imperialismo yanqui en América latina. Fue una severa sentencia, una condena a muerte al imperialismo yanqui, que ha venido explotando y oprimiendo a los pueblos de esa región durante largo tiempo.

Consolidar el triunfo de la revolución cubana constituye no sólo un problema importante que determina la vida o la muerte, la prosperidad o la derrota del pueblo cubano, sino también un problema clave que decide el destino del desarrollo de la revolución de América latina en general.

Aunque la revolución comience logrando

brillantes éxitos en un país, se ve obligada a pasar por un período bastante largo de agudo dolor. Los países cuyo proletariado ha tomado el poder, en medio del cerco del capitalismo internacional, no puede evitar durante todo el período histórico de transición revolucionaria del capitalismo al socialismo, los peligros de la agresión imperialista y de la restauración del capitalismo. Las clases explotadoras derrocadas intentan siempre recuperar su antigua posición perdida, y los imperialistas extranjeros continúan incesantemente el ataque armado, las intrigas y las maquinaciones dirigidas a la descomposición política e ideológica.

Los imperialistas yanquis y los reaccionarios de América latina odian y temen mucho la existencia misma de la República de Cuba y maniobran obstinada y maliciosamente para ahogarla. Aplastando la revolución cubana, ellos tratan de expulsar el "fantasma" del comunismo que recorre el hemisferio occidental y de impedir la lucha liberadora de los pueblos, que arde como llamarada que consume la pradera de América latina. Los imperialistas yanquis planean, por una parte, sofocar a Cuba movilizándolo directamente sus fuerzas armadas, y por la otra, tratan de ahogar a Cuba con la política de bloqueo, instigando a los regímenes dictatoriales reaccionarios de América latina que están bajo su dominación y dependencia, a ejercer presión política y económica sobre Cuba.

Para lograr la victoria final de la revolución, los pueblos que han tomado el poder en medio del cerco del capital internacional, deben fortalecer por todos los medios sus propias fuerzas internas; al mismo tiempo, deben recibir el apoyo seguro de otros continentes de la revolución socialista del mundo, la amplia cooperación internacional de la clase obrera de todos los países y la de los pueblos oprimidos del mundo entero. Es decir, hay que sustituir el cerco imperialista por el socialista con el continuo surgimiento de la revolución en la mayoría de los países del mundo, o por lo menos en varios países vecinos.

Hay que abrir el camino de la transformación de la dictadura del proletariado en un sistema mundial destruyendo la barrera del imperialismo que rodea al país socialista; hay que acabar con el aislamiento del baluarte socialista bloqueado, y hay que establecer los lazos poderosos de solidaridad combativa de la clase obrera internacional y de los pueblos oprimidos del mundo. Sólo cuando sea así, se podrá decir que es posible evitar por completo la intervención armada de los imperialistas y el intento de restaurar el capitalismo, y que está garantizada la victoria final del socialismo.

La lucha de liberación de los pueblos es un movimiento internacional, como lo es el poderío del capital. El movimiento revolucionario de cada uno de los países tiene carácter nacional y al mismo tiempo forma parte de la revolución mundial. Las luchas revolucionarias de los pueblos de todos los países se relacionan apoyándose y complementándose mutuamente, y desembocan en una corriente: la revolución mundial.

La revolución que haya triunfado primero,

debe ayudar con sus experiencias y ejemplo a la revolución de los países que no hayan triunfado todavía, apoyar y ayudar activamente con sus fuerzas políticas, económicas y militares la lucha de liberación de los pueblos del mundo. Los pueblos de los países que aún no hayan logrado la victoria de la revolución deben luchar aún más activamente por defender la revolución de los países que hayan triunfado frente a la política de aplastamiento de los imperialistas y por acelerar el triunfo de la revolución de su país. Hacerlo así, constituye una ley del desarrollo del movimiento de la revolución mundial y una buena tradición establecida ya en el proceso de la lucha de liberación de los pueblos.

La revolución cubana es parte orgánica de la revolución mundial, y en particular, un eslabón decisivo de la revolución latinoamericana. Defender la revolución cubana, consolidar y desarrollar su triunfo, constituyen no sólo un deber del pueblo cubano, sino también un deber internacionalista para los pueblos oprimidos de América latina, así como para todos los pueblos revolucionarios del mundo. Si defender las conquistas de la Revolución de Octubre en Rusia, que abrió la primera brecha en el sistema capitalista mundial, era un importante problema que decidía el destino del desarrollo de la revolución mundial, defender los logros de la revolución cubana, que abrió la primera brecha en el baluarte colonial del imperialismo yanqui en América latina, constituye una importante cuestión que decide el destino de la revolución latinoamericana.

Para defender la revolución cubana es muy importante desarrollar el movimiento revolucionario en los países latinoamericanos, que se encuentran a su alrededor. Cuando la llama revolucionaria arda con vigor en varios países de América latina, donde el imperialismo norteamericano tiene puestos sus pies, tanto más se dispersará y debilitará la fuerza del imperialismo yanqui, y este y sus lacayos no podrán evitar el fracaso de sus maniobras tendientes a ahogar a Cuba mediante la concentración de sus fuerzas. Más adelante, si la revolución triunfa en otros países de América latina, Cuba se librará del cerco total del imperialismo, se abrirá una coyuntura favorable ante las revoluciones de Cuba y de América latina y se acelerará, aún más, la revolución mundial.

Para que surja la revolución, ha de crearse la situación subjetiva y objetiva de ésta. La revolución debe desplegarse de acuerdo con la realidad concreta en que se produzca la situación objetiva de la revolución en cada país. Sin embargo, esto no significa de manera alguna que la revolución pueda desarrollarse o madurar por sí sola. La revolución podrá avanzar y madurar seguramente a través de una activa y ardua lucha por parte de los revolucionarios. Si en espera únicamente de que se cree una situación favorable, no se libra una lucha activa en razón de que la revolución es ardua, no se pueden acrecentar las fuerzas revolucionarias".

Las fuerzas revolucionarias no pueden ser preparadas espontáneamente sin la lucha; sólo pueden crecer y robustecerse mediante

una dura lucha. Si no se preparan para recibir el momento decisivo de la revolución, conservando las fuerzas revolucionarias contra la represión enemiga y al mismo tiempo acumulándolas y aumentándolas sin cesar a través de una lucha activa, será imposible lograr el triunfo de la revolución, aun cuando se haya creado la situación objetiva. Volver las espaldas a la revolución so pretexto de evitar sacrificios, significa de hecho obligar a los pueblos a que sean esclavos eternos del capital y a que toleren para siempre la explotación y la opresión más crueles, insoportables maltratos y humillaciones, y un sinnúmero de sufrimientos y sacrificios. Es una ley que el dolor agudo del período de transición revolucionaria es generalmente mucho más ligero que el dolor crónico que proviene del cáncer de la vieja sociedad. La revolución social no se realiza fácilmente como si se marchara por un camino seguro y ancho en pleno día, ni tampoco se avanza sin dificultad, viento en popa y a toda vela. En el camino de la revolución puede haber reveses y espinosas e intrincadas malezas, así como fracasos transitorios y sacrificios parciales. Vacilar en hacer la revolución por no poder vencer las dificultades y por miedo a los sacrificios, no es la actitud de un revolucionario.

La tarea de los revolucionarios en cada país consiste en determinar el método científico y minucioso de lucha a base de una justa apreciación de la situación interna y externa del país y un correcto cálculo de la correlación de fuerzas entre el enemigo y nosotros; acumular y aumentar las fuerzas revolucionarias, formando núcleos y desperando a las masas populares en las duras pruebas de la revolución a través de una lucha activa en tiempos normales, evitando escollos y sacrificios innecesarios; y prepararse plenamente para recibir el gran suceso revolucionario. De esta manera, una vez creada la situación revolucionaria, deben levantarse, sin demora y sin perder la oportunidad, en la lucha decisiva encaminada a destruir la dominación reaccionaria.

Las formas y métodos de la lucha revolucionaria, tampoco se deciden por voluntad individual, sino que se deciden en última instancia por la situación subjetiva y objetiva creada y por la resistencia de las clases dominantes reaccionarias.

Los revolucionarios han de estar preparados para todas las formas de lucha y deben desarrollar sustancialmente el movimiento revolucionario, combinando correctamente diversas formas y métodos de lucha, tales como la lucha política y la económica, la violencia y la no violencia, la legal y la ilegal.

La violencia contrarrevolucionaria constituye el medio de dominación imprescindible para todas las clases explotadoras. La historia de la humanidad no conoce todavía el caso en que una clase dominante haya cedido a las buenas su poder de dominación, ni conoce tampoco el ejemplo de que una clase reaccionaria se haya retirado del poder obediente sin llegar a utilizar la violencia contrarrevolucionaria. Sobre todo, mientras más se acerca su ruina, los imperialistas se afe-

rran más y más frenéticamente a los medios violentos, con el fin de mantener su dominio. Los imperialistas no sólo reprimen a los pueblos en sus países, reprimen sangrientamente todos los avances revolucionarios de las naciones oprimidas, movilizándolo sus fuerzas militares.

En estas condiciones, la lucha de liberación de los pueblos oprimidos no puede triunfar sin la violencia revolucionaria que derrote a los imperialistas extranjeros y derroque el aparato de la dictadura reaccionaria de las clases explotadoras internas, puestas en contra con el gobierno con éstos. A la violencia hay que responder con la violencia, y a la fuerza armada contrarrevolucionaria, hay que derrotarla con la fuerza armada revolucionaria.

La llamarada de la revolución que arde hoy vigorosamente en América latina es una consecuencia natural de la situación revolucionaria creada en esa región.

La mayoría absoluta de los países latinoamericanos está sometida totalmente a la dominación y dependencia del imperialismo yanqui. En numerosos países de América latina se ha establecido un régimen dictatorial pro-yanqui, y sus economías se han convertido en economías totalmente dependientes de los monopolios norteamericanos. La política de agresión y de saqueo del imperialismo yanqui en América latina, es el estorbo principal que obstaculiza el desarrollo social en esa región, y sume a los pueblos latinoamericanos en insoportables desgracias y penalidades. Los imperialistas norteamericanos y los regímenes dictatoriales pro-yanquis de América latina han aumentado en gran escala los ejércitos, los cuerpos de policía y todos los otros aparatos represivos, y reprimen del modo más brutal todos los avances revolucionarios de los pueblos.

Es obvio que los pueblos harapientos, hambrientos, oprimidos y humillados de América latina no pueden conquistar la libertad y la emancipación, a menos que se levanten valientemente con las armas en la mano para luchar contra los opresores.

Es muy justo y loable que el Che Guevara, bajo la bandera del internacionalismo proletario y de la lucha antimperialista y anti-yanqui, haya desplegado una activa y heroica lucha revolucionaria en varios países de América latina, con las armas en la mano, arriesgando la vida, junto a los revolucionarios latinoamericanos, por defender la revolución cubana y adelantar el día de la liberación de los pueblos oprimidos de esa región. Los pueblos revolucionarios de todo el mundo expresan una profunda adhesión a las valientes acciones del Che Guevara, que desarrolló la heroica lucha armada junto a los revolucionarios latinoamericanos. El brillante ejemplo del Che Guevara sirve de modelo no sólo para la lucha revolucionaria de los pueblos de América latina, sino también para la lucha de liberación de los pueblos de Asia y África, y los estimula a realizar heroicas hazañas.

Che Guevara no está ahora a nuestro lado. Sin embargo, de ningún modo será vana la sangre que él derramó. Su nombre y la inmortal hazaña revolucionaria que él ha realizado quedarán perpetuadas en las páginas

de la historia de la liberación de la humanidad y su noble espíritu revolucionario será eterno e imperecedero. En los campos de batalla de vida o muerte de la lucha revolucionaria en Asia, Africa y América latina, surgirán miles y decenas de miles de nuevos Che Guevara, y la causa revolucionaria que él no pudo terminar culminará indiscutiblemente con la lucha de los revolucionarios latinoamericanos y de los pueblos revolucionarios del mundo.

Hoy día, Asia, Africa y América latina constituyen el más encarnizado frente antimperialista. El imperialismo tropieza con la poderosa resistencia de los pueblos de Asia, Africa y América latina, y recibe de estos los golpes más demoledores. No obstante, el imperialismo se torna frenético y desesperado por mantener su antigua posición y recuperar el baluarte perdido en esas regiones.

La causa liberadora de los pueblos de Asia, Africa y América latina no se ha llevado a cabo. Mientras exista el imperialismo en la tierra y oprima y saquee a los pueblos, estos no podrán interrumpir ni un momento su lucha antimperialista. La lucha se debe continuar hasta que se liquide definitivamente toda clase de colonialismo en el planeta y hasta que todas las naciones oprimidas y humilladas construyan sus estados independientes y logren el progreso social y la prosperidad nacional.

Mientras no sea expulsado, el imperialismo no abandonará jamás su dominación sobre los países coloniales y dependientes. La agresión y el saqueo constituyen la naturaleza del imperialismo. Si existiera un imperialismo no agresivo, entonces esto ya no sería el imperialismo. La naturaleza agresiva del imperialismo no cambia hasta su muerte. Por eso, debe deshecharse toda ilusión sobre el imperialismo y hay que luchar hasta el final contra él.

Sólo cuando mantienen una posición de principios contra el imperialismo y fortalecen la lucha resuelta antimperialista, las naciones oprimidas pueden obtener la libertad y la independencia, y los pueblos emancipados frenar la agresión del imperialismo, consolidar la independencia nacional y lograr la prosperidad del país y de la nación.

El imperialismo norteamericano es el imperialismo más bárbaro y más cruel de la época moderna y es el cabecilla del imperialismo mundial. Los países asiáticos y latinoamericanos, así como los países africanos, no son los únicos cuya soberanía y territorio son violados por el imperialismo norteamericano o amenazados por su agresión. En la tierra, no hay lugar alguno donde no se hayan extendido las garras de agresión del imperialismo yanqui, ni tampoco lugar donde los imperialistas yanquis hayan puesto sus pies, en que no se derrame la sangre del pueblo. Los imperialistas yanquis persiguen su propósito invariable de someter a todo el mundo a su dominación. Para alcanzar precisamente este objetivo, el imperialismo yanqui perpetra sin cesar agresiones armadas y actividades subversivas contra los países socialistas y los estados recién independizados, y reprime brutalmente la lucha de liberación de los pueblos de Asia, Afri-

ca y América latina. No se debe sino frustrar categóricamente esta ambición agresiva del imperialismo yanqui. Es evidente que abandonando la lucha contra el imperialismo norteamericano no se puede salvaguardar la paz del mundo, ni se puede conseguir la liberación nacional, ni la independencia, ni la democracia, ni la victoria del socialismo. Para todos los pueblos del mundo la lucha antiyanqui es un deber común e inevitable, y la primordial tarea revolucionaria.

A fin de derrotar con éxito al imperialismo norteamericano es necesario conocer cabalmente su estrategia mundial.

En la actualidad, la estrategia principal del imperialismo norteamericano para su agresión al mundo consiste en tratar de destruir por separado, con la fuerza de las armas, a los países socialistas revolucionarios pequeños y divididos, y a los países recién independizados, sin agravar en lo posible las relaciones con los países grandes y evitando el confrontamiento con éstos; y en intentar descomponer desde su interior, mediante la intensificación de la ofensiva ideológica y política, a aquellos países que son ideológicamente débiles, que no quieren hacer la revolución, que difunden la ilusión sobre el imperialismo entre los pueblos, vociferando únicamente la coexistencia sin principios con el imperialismo, y que desean vivir en buena armonía con él.

Basándose en esta estrategia mundial, los imperialistas yanquis expanden enormemente el armamento y fortalecen aún más sus bases y alianzas militares agresivas para atacar a los países socialistas y a los progresistas. Los imperialistas norteamericanos han emprendido el camino de realizar abiertamente la "guerra local" y la "guerra especial" en Vietnam y en una serie de regiones, preparando en gran escala la guerra total y la guerra nuclear.

Junto con esto, los imperialistas yanquis por una parte actúan frenéticamente para sobornar y utilizar como sus esbirros a los cobardes dentro de las filas del movimiento obrero, que temen la revolución, y por la otra recurren a un nuevo tipo de guerra fría para fomentar en algunos países la "liberación" y el "desarrollo democrático". Los imperialistas norteamericanos cacarean el trato de "nación más favorecida", la ampliación del "contacto e intercambio entre el Este y el Oeste", etc., utilizándolos como medios para infiltrar su ideología y cultura reaccionarias, para degradar ideológicamente a los pueblos e impedir su desarrollo económico. De este modo intentan destruir a esos países desde su interior. Los imperialistas perpetran actividades de sabotaje y complotos de subversión para separar del frente antimperialista, uno por uno a los países recién independizados. Al mismo tiempo que recurren a la violencia abierta, penetran en los países recién independizados utilizando la "ayuda" como cebo, interviniendo de esta manera en los asuntos internos de esos países. Los imperialistas norteamericanos, agrupando a los reaccionarios derechistas tratan de inducirlos a oponerse a las fuerzas progresistas, y de desviar a algunos países recién independizados hacia el camino contrarrevolu-

lucionario. Es decir, los imperialistas yanquis, agitando el olivo en una mano y la flecha en la otra, combinando el chantaje nuclear con la "penetración pacífica", y la represión con la conciliación y el engaño, planean conquistar uno por uno mediante la agresión armada a los países revolucionarios, y descomponer a los países ideológicamente débiles por medio de la invasión ideológica y cultural.

Frente a esta artimaña y a este complot del imperialismo norteamericano, los pueblos de todo el mundo deben mantener la máxima vigilancia y estar preparados, en todos los sentidos, contra toda clase de posibles agresiones del enemigo.

Es importante fortalecer al máximo la solidaridad combativa de todas las regiones, de todos los países, de todos los partidos, de todos los hombres, y de todas las fuerzas que se oponen al imperialismo, para desarrollar vigorosamente la lucha antimperialista y antiyanqui.

La lucha revolucionaria de los pueblos de Asia, África y América latina se libra en estrecha vinculación, ya que ellos tienen deseos y aspiraciones comunes. Si América latina gime bajo el yugo del imperialismo, los pueblos de Asia y África no pueden estar tranquilos, y cuando el imperialismo yanqui sea derrotado en las regiones de Asia y África, se creará también una coyuntura favorable para el movimiento de liberación nacional de los pueblos latinoamericanos. La solidaridad combativa y los lazos estrechos de los pueblos de Asia, África y América latina acrecentarán varias veces y decenas de veces más, las fuerzas revolucionarias antimperialistas y antiyanquis, y serán las fuerzas invencibles que derroten con éxito las agresiones de los imperialistas y el frente unido de los reaccionarios internacionales.

Por eso, los pueblos de todas las regiones donde el imperialismo yanqui está anidado, deben unir sus fuerzas y golpearlo fuertemente.

En Asia, África y América latina hay países socialistas y países neutrales, países grandes y países pequeños. Todos estos países, a excepción de los regímenes títeres y de los países satélites de los imperialistas, constituyen las fuerzas antimperialistas y antiyanquis en su conjunto. Pese a las diferencias del sistema estatal y socio-político, de los criterios políticos y de las creencias religiosas, los pueblos de los países de estas regiones, como naciones oprimidas, que fueron presionadas y explotadas por los imperialistas y colonialistas, tienen objetivos y aspiraciones comunes para lograr la independencia y la prosperidad nacionales, y en el combate contra el imperialismo y el colonialismo viejo y nuevo. Las diferencias del sistema estatal y socio-político, de los criterios políticos y de las creencias religiosas, no pueden ser de modo alguno, un obstáculo para luchar juntos contra el imperialismo yanqui. Todos los países deberán integrar un frente unido antimperialistas y realizar una acción conjunta antiyanqui para derrotar al enemigo común y alcanzar el objetivo común.

Entre los que se oponen al imperialismo puede haber, desde luego, diversas clases de

personas. Unos pueden ser activos en la lucha contra el imperialismo, algunos pueden vacilar en la lucha antimperialista y otros pueden unirse a la lucha antimperialista de mala gana, presionados por los pueblos de su país y del mundo. Sin embargo, cualquiera que sea su motivo, es necesario incluir a todas estas fuerzas en la lucha común antiyanqui, excepto a los lacayos del imperialismo. Si se aísla al máximo al imperialismo yanqui y se le asestan golpes de modo conjunto, agrupando más fuerzas en la lucha común antiyanqui, aunque sean fuerzas indecisas e inestables, es algo bueno, de ninguna manera puede ser malo. Es necesario atraer a la lucha antimperialista a los que la eluden y hacer activos a los que sean pasivos en la lucha antimperialista. Dividir el frente unido antiyanqui o negar la acción conjunta antinorteamericana sólo traerá consecuencias graves que debilitan la lucha antimperialista y antiyanqui.

Para vencer al imperialismo yanqui combatiéndolo, hay que asestarle golpes en todos los países, sean grandes o sean pequeños. En este sentido, es particularmente importante que los países pequeños de Asia, África y América latina se libren del servilismo a las grandes potencias, que consiste en apoyarse en países grandes, y que tomen parte activa de la lucha antiyanqui. Es erróneo considerar que es imposible derrotar al imperialismo yanqui si no luchan los países grandes. Claro está que es mejor que los países grandes luchen junto con los países pequeños contra el imperialismo norteamericano. Por lo tanto, los países pequeños deben esforzarse para unirse con los grandes. No obstante, esto no significa en modo alguno que de no ser país grande, no se pueda vencer al imperialismo yanqui combatiéndolo. Está más que claro que no se puede hacer la revolución con los brazos cruzados, con la tendencia a apoyarse en los países grandes, y que otros no la pueden hacer en su lugar. Los países pequeños pueden también vencer a un enemigo grande cuando luchan erguidos y valientemente, sin temor a los sacrificios, estableciendo el zuche (1) y uniéndose a las masas populares. Esto es una verdad muy clara de nuestra época, probada por la vida real. Esta verdad la ha confirmado la experiencia de la guerra en Corea, y también la confirman de modo espléndido el triunfo de la revolución cubana y la heroica guerra de resistencia antiyanqui y de salvación nacional del pueblo vietnamita.

Sobre todo, aunque sean países pequeños, si muchos países que se oponen al imperia-

(1) Establecer el ZUCHE, significa mantener el principio de resolver todos los problemas de la revolución y la construcción de manera independiente y de acuerdo a la realidad del país, apoyándose principalmente en su propia fuerza. También significa aplicar de manera creadora la verdad universal del marxismo-leninismo y la experiencia del movimiento revolucionario internacional, a las condiciones históricas y peculiaridades nacionales de su país. Significa también resolver sus problemas siempre de manera independiente, y bajo su responsabilidad, desplegando el espíritu de apoyarse en sus propios esfuerzos en la lucha revolucionaria y las labores de construcción.

(Nota del traductor coreano).

lismo luchan uniendo sus fuerzas, los pueblos, con su poderío decisivamente superior, podrán aplastar seguramente al enemigo, por muy poderoso que éste sea. Los pueblos de los países en revolución deben unir sus fuerzas para cortar el brazo izquierdo y el derecho, la pierna izquierda y la derecha, y al final, cortar la cabeza al imperialismo yanqui en todas partes donde tenga extendidas sus garras agresivas. Aunque ahora los imperialistas norteamericanos se envanecen, si los pueblos revolucionarios del mundo se unen para desmembrarlos, ellos serán impotentes y a la larga se verán derrotados. Frente a la estrategia del imperialismo yanqui de destruir por separado a los países pequeños, nosotros, los países pequeños debemos responder uniéndonos para cortar cada uno de nosotros la cabeza y las piernas al imperialismo yanqui, se puede decir que hacerlo así, es la estrategia de lucha de los países pequeños para derrotar y vencer al imperialismo norteamericano.

El pueblo coreano ha estado luchando por más de 20 años por la unificación del país y contra la ocupación de Corea del Sur por el imperialismo yanqui. La revolución coreana constituye una parte del movimiento revolucionario internacional, y la lucha revolucionaria del pueblo coreano se desarrolla dentro de la lucha común de los pueblos de todo el mundo por la paz, la democracia, la independencia nacional y el socialismo. El pueblo coreano lucha por completar su causa de liberación nacional y, al mismo tiempo,

hace todos los esfuerzos para acelerar el desarrollo general del movimiento revolucionario internacional. Nuestro pueblo se solidariza con todas las fuerzas que se oponen al imperialismo norteamericano y apoya invariablemente la lucha de los pueblos de todos los países contra el imperialismo yanqui.

Nosotros consideramos esto como un factor importante para el triunfo de la revolución coreana.

El imperialismo es una fuerza en agonía cuya época ha pasado ya, y la lucha liberadora de los pueblos es una nueva fuerza que aspira al progreso de la humanidad. Si bien puede haber incontables dificultades, obstáculos y tales o cuales reveses en el camino de la lucha libertadora de los pueblos, la derrota del imperialismo y el triunfo de esta lucha es una ley del desarrollo de la historia, que no se puede impedir. Aunque los imperialistas, acaudillados por el imperialismo yanqui, hacen esfuerzos desesperados para frenar la creciente lucha liberadora de los pueblos, esto no es más que el último frenesí de los condenados a la ruina.

Cuanto más se desesperan los imperialistas norteamericanos, tanto más se empeora su situación. El imperialismo yanqui va cuesta abajo y su destino es igual a un sol poniente. Los imperialistas norteamericanos serán expulsados seguramente de Asia, Africa y América latina, gracias a la lucha liberadora de los pueblos. La gran causa revolucionaria ant imperialista de los pueblos de Asia, Africa y América latina es invencible.

